HERALDO DE ALCOY

NÚM. 1.510 — DIARIO DE AVISOS, NOTICIAS É INTERESES GENERALES — AÑO VII

1902

Martes 16 de Septiembre

Prisionero de guerra

Jamás, desde que hay monarcas en el mundo y Consejeros de Coronas Reales, jamás se reunieron poseídos de mayor asombro y sorpresa como cuando cometió Napoleón I la gran falta de confiar en la generosidad inglesa, después de su derrota en los para siempre célebres campos de Waterlóo.

—Pero no os equivocais, señores? ¿no sois víctimas de una alucinación? exclamó el rey Jorge tartamudeando de estupor.

—No, Majestad: el Emperador, por su propia voluntad ha subido á bordo de uno de los navíos de vuestra Real Armada, y recordando á Temístocles en esta carta que os dirige, confía en la generosidad del Soberano de Inglaterra.

Y el Rey leyó frunciendo el ceño.

—¡Es indudable—dijo.—Y cómo se explica tan gran torpeza en hombre tan hábil?

Y replicó uno de los Consejeros:

—Señor, sucede con frecuencia, que la inteligencia se nubla para que se cumpla el destino de la criatura.

—¡Esperar generosidad, prorrumpió el Monarca, el que faltó á su palabra escapándose de la isla de Eiba, el hombre que ha deseado invadir y aniquilar á la Inglaterra! El que la ha llamado la «pérfida Albión»! El implacable trastornador del mundo! Jamás!

Los Consejeros de la Corona acataron con el gesto las palabras del Rey.

—Creo—dijo el Presidente del Consejo, que sería oportuno tratar del castigo que debe imponérsele...

—Es evidente, contestó el Soberano: ¿pero cuál? Si no se interpusiera la historia, si no se tratara de un tan gran guerrero, se le fusilaría ó se le tiraría al mar; pero el mundo todavía protesta del asesinato de Julio César, y Napoleón pertenece á la raza de los conquistadores como Annibal, César y Alejandro el Grande.

—S. M. está en lo cierto.

—Qué castigo, pues? exclamó un Ministro.

Todos callaron.

Habló por fin el Presidente.

—Creo Señor, que para un hombre que como él, ha cruzado en triunfo á caballo todo Europa, sería insorportable la inacción: para el que ha tenido su antecámara Imperial llena de reyes destronados por su espada y un millón de soldados á sus órdenes, la soledad, sería la muerte.

—Es verdad, dijo el Rey: y hay que proporcionarle la muerte sin responsabilidad.

—Justamente, Señor; pero ¿dónde colocarlo para evitar que la Francia acuda armada, y lo aclame de nuevo, y vuelva él á trastornar el mundo?

Calló el Rey, callaron los Consejeros y al fin exclamó el Monarca.

—Traed un mapa universal.

No bien lo tuvo á la vista, exclamó: Ministro de la Marina Real: buscad en ese mapa un islote, un peñasco que pertenezca á Inglaterra, bien distante de Europa, y donde la vida pueda extiguirse pronto por las malas condiciones topográficas.

Pasaron diez minutos.

—Lo he encontrado Señor: es una isla insalubre, situada á poca distancia de Africa: en pleno Ecuador; por decirlo así.

—Cómo se llama? preguntó el Monarca.

—Santa Elena: contestó el Ministro.

El rey vió en el mapa un punto pequeñito, negro, en la vasta inmensidad del Océano, y sonrió... Ahora, (exclamó) sólo falta un buen carcelero: un inglés fanático por su pátria.

—No hay que buscarlo, Señor: lo tiene S. M. en el actual gobernador de la Isla.

—Y cuál es su nombre? preguntó el Rey Jorge.

—Vencido por Napoleón en San Juan de Acre, lo odia á muerte y se llama Hudson Loove.

¡Viva Inglaterra! Exclamó el Monarca levantándose.

¡Viva el Rey! Contestaron sus seis ministros, con respeto.

Nunca ha sido más grande hombre alguno á los ojos de la filosofía, como Napoleón en el horrible peñasco de Santa Elena; cualquiera en su lugar, teniendo su historia, se hubiera quitado cien veces la vida. ¡Ir muriendo por el tedio, por el aburrimiento, abrumado por los recuerdos de un gran poder, y por la soledad, y formándose con estos elementos de destrucción la terrible dolencia que había de matarle transformándole de hombre excepcional en un ser vulgarísimo, se hace increíble que perdida toda esperanza de salvación, no quisiera morir trágicamente.

Empezó, pues, al cabo de cinco años, la lucha entre la muerte y él. Ya no parecía el héroe de Arcola y el de Austerlitz, ni el grande orador militar de las Pirámides. El cáncer del estómago se iba pronunciando y produciéndole dolores insoportables.

—Ya no soy Napoleón—le decía á su joven médico Antomarchi.

Los ojos hundidos, el pelo como muerto, lívido, demacrado, inapetente, flaco, sin grandes ideas ya, insultaba á veces al médico y arrojaba con ira los medicamentos. Sentía vértigos, temblores, insomnio, sudor copioso, ora helado, ora candente, accesos de fiebre, dolores como producidos por un puñal rojo por el fuego, náuseas, frecuentes síncopes, desarreglos intestinales, sirviéndole su memoria de verdugo al recordarle su grandeza pasada y su espantosa caída.

Ganada la batalla de Waterlóo á las dos y perdida á las cinco de la tarde! ¿Dónde sus ejércitos, sus mariscales, sus banderas? ¿Dónde su trono imperial? Sólo quedaba un prisionero de guerra moribundo, no habiendo más que una nación enterada del espantoso martirio: Inglaterra. Y decimos mal: el Gobierno y el Rey; no el pueblo inglés, que admiraba aquella gran gloria en su ocaso, é ignoraba sus tormentos.

Napoleón y Mahoma, han sido los más grandes sugestionadores de almas que recuerda la historia universal. Dominaban como el águila, desde las alturas del rayo. Si se hubieran conocido, si se hubieran mirado frente á frente esos dos hipnotizadores de colectividades humanas, habría tenido lugar uno de los más grandes fenómenos en la vida del espíritu. El Vesubio y el Etna, en una sola llamarada: en una sola erupción. Estas dos enormes fuerzas magnéticas que costaron tantas vidas, fabricaron dos obras gigantescas. La de Mahoma, persevera en el fanastismo musulmán. La de Napoleón desapareció con él. Seis años estuvo anclado delante de Santa Elena un navío inglés de casco negro, encargado de llevar en el acto la noticia de la muerte del grande hombre nacido en Córcega, á Europa, devolviéndoles al fin la tranquilidad á todos los Reyes del mundo, pues vivo él y á pesar de ser prisionero de Inglaterra, temblaban en sus Tronos, porque recordaban su escapatoria de la isla de Elba.

—

La dolorosa agonía duró cuarenta y cinco días. Napoleón era un espectro. Su fisonomía había variado completamente. Se declaró una inflamación del fondo de los ojos que le hacía insoportable el mirar el más leve rayo de luz. El mariscal de Francia Montholón, su amigo fidelísimo, tuvo que asearlo y vestirlo una noche siete veces en plena tiniebla. Le acosaban alucinaciones que le hacían extremecer. Pugnaba por lanzarse de la cama y no podía; y viendo campos de batalla gritaba: «¡Massena! ¡Kleber! Steingel! Dad una carga vigorosa, ya son nuestros». Otras veces creía ver fantasmas que le perseguían sin tregua. Efectos de la debilidad y de la fiebre.

—

El 5 de Mayo se aproximaba. Como si la naturaleza hubiera querido disputarle aquella gran vida al sepulcro, estalló una tempestad tremenda en Santa Elena. El mar quería tragarse al peñón y el huracán luchaba con las olas enfurecidas. Llovían rayos. Los truenos eran formidables. Al cabo de muchas horas se apa-

jillo aquella cebada, para sembrar un pegujal de su propiedad legítima: añadía también con un aplomo digno de Lavoisier en sus análisis químicos, que sin duda la humedad del sótano había podrido el grano, dándole la apariencia de pólvora. Costábale trabajo al Juez contener la risa ante desatino tan absurdo, y la Salamanca traía con la mayor formalidad en apoyo de su tesis, extraños fenómenos observados por ella misma en su larga carrera científica. Su marido perdió el pelo por dormir al sereno cerca de una charca, y ella misma había visto curianas que por influencia de la humedad se trocaban de negras en blancas, reventando después lo mismo que triquitraques. ¿Y por qué no había de suceder á la cebada el fenómeno contrario?...

El Pae Paquito, siguiendo su costumbre de visitar á todos los presos que llegaban á la cárcel, quiso ver á la Salamanca. Pero la incomunicación de esta era severísima y no se lo permitió el Alcaide.

Mientras tanto, pared casi por medio de la vieja, que tan criminal influencia había tenido en su desgracia, Juan Miseria, encerrado en su calabozo, dirigía leyendo un librito preparatorio para la confesión y la Comunión que el Capuchino le había regalado, una mirada á su vida pasada. Habíale ya juzgado el fraile capaz de recibir los Santos Sacramentos, é instado á que lo hiciese, siendo el domingo de Ramos el día señalado para ello. El pobre hombre se aterró: porque el primer precepto que se le ponía delante, —*amarás á Dios sobre todas las cosas*—era el primero que había quebrantado: sus dudas impías sobre la justicia de Dios, de aquel Dios, cuya misericordia infinita reconocía ahora, acudieron á su memoria, haciéndole murmurar amargamente:

—¡Yo dudé!...

Los ojos de Juan Miseria fueron á fijarse en un modesto

—Pues se pué usté limpiá con ella lo que tenga sucio, que á mí me importa un comino! ¿Estamos?...

El Comisario mandó á dos municipales que contuvieran en la puerta á la multitud que en torno de ella se apiñaba, y entró al fin en la vivienda, seguido de los dos restantes; la Salamanca chillaba y se tiraba de las greñas.

—¿Dónde está el sótano?—preguntó el Comisario.

Cien manos brotaron entonces del inmenso racimo de cabezas que por la puerta asomaba, y cien voces gritaron á un tiempo:

—¡Allí ¡allí... detrás del arca!...

Esta fué separada al momento, y el Comisario bajó los seis escalones de la covacha, seguido de los municipales que conducían á la Salamanca: detrás bajó también señó Dondito. El Comisario desató uno de los sacos que apareció lleno de una cebada de inferior calidad, negruzca y raquítica, hundió entonces dentro ambas manos; y sacando un puñado de ella, la desparramó por el suelo.

—¿La ha visto usté bien?—exclamó la Salamanca. Pues basta ya de molienda, y vámonos pronto...

Pero el Comisario, sin hacer caso de la vieja, dijo á uno de los municipales:

—A ver si volcamos este saco, Martínez...

—¿Pero qué vá usté á hacé, señó?—gritó exasperada la Salamanca. ¿Me vá usté á emporcacháa too el sótano?...

El saco fué suspendido en el aire, bocaabajo, y una tercera parte de su contenido cayó al suelo, desparramándose por todas partes: el resto, como si estuviese muy prensado, quedó adherido á la tela por el lado de dentro. Sacudiéronlo un poco, y una gran masa negra se desprendió de repente, deshaciéndose al caer en polvo granugiento.

—¿Lo ve usted?... ¿Lo ve usted?—exclamó triunfante el Comisario. ¿Y esto es también cebada?...

ciguaron los elementos, y en la noche siguiente apareció un cometa en la inmensidad del cielo.

Napoleón lo supo en un momento de lucidez y exclamó:

—¡Viene por mí!

Los colosos sin duda se comprenden.

—

El 5 de Mayo empezó el estertor, y después de una contracción estupenda de su fisonomía, murió aquel guerrero extraordinario, aquel estratégico incomparable, que dejó escrita su maldición contra Inglaterra en estas palabras:

—«Se hundirá como Venecia: en medio de su esplendor».

Ese martirio del capitán del siglo «ignorado por muchos» y denunciado ligeramente y sin detalles hace poco por lord Rosbery en una obra reciente, es quizá la mayor vergüenza de la nación británica y su mayor deshonra ante la historia.

ANTONIO VINAJERAS.

CRÓNICA

VALLEJO MIRANDA

La biografía del célebre personaje que acaba de morir en Cambo, podría llenar todo este número del periódico y aún faltaría espacio.

Su vida fué de las más agitadas; su carácter sobre toda ponderación aventurero. En él se fijaron todas las miradas y fué objeto de constante atención. Tuvo los enemigos á millares; pasó por todo género de vicisitudes; era un hombre tan original, tan *sui géneris*, que durante cuarenta años no ha hecho más que variar de sitios, de países, de posiciones, de fortunas. Llegó á la nobleza y á posiciones altas por su propio esfuerzo. Era temible por la lengua y por la pluma. Su osadía no tuvo igual; su facilidad en lograr lo que deseaba, tampoco. El mundo fué muy injusto con él; pero hay personas así, destinadas á ser toda su vida objeto de discusión, blanco de envidias y enemistades.

Las cosas que se han dicho de él no tienen cuento. Y él, con aquella sonrisita irónica, aquella vocecita femenina y aquel inmenso desdén de la humanidad, hizo lo que quiso, llegó á donde se propuso, lo pasó siempre muy bien, gastó y triunfó, y lo mismo en el extranjero que en España tuvo una personalidad extraña, algo misteriosa, pero al fin una. No era un cualquiera. Mucho talento natural, gran conocimiento de los hombres, desprecio grande del prójimo y habilidad para hacerse necesario.

Se ha dicho muchas veces que era de origen obscuro. Esto es falso. Era de una excelente familia; su madre fué azafata de la duquesa de Montpensier. Le educaron en Vergara, y luego en París. Pero su carácter era aventurero, no era hombre de familia; se fué á América y allí empezó á hacer ruido. En Puerto Rico tuvo un almacén de no sé qué cosas; en la Habana produjo mil incidentes ruidosos; de América vino á París con mucho dinero, y se lanzó en el mundo de los artistas y de las mujeres galantes. Allí empezó á dar que hablar, cuando se vió aquella causa célebre en la que fué parte principal, y que tantas veces se le ha echado en cara. Y, sin embargo, en aquel asunto, la víctima fué él, como puede verse en todos los Diccionarios enciclopédicos y en todas las colecciones de causas célebres. Fué presentado en casa de la célebre Baruchi, y allí le armaron la famosa emboscada para ganarle cien mil francos. El proceso tuvo resonancia universal, y desde entonces el nombre de Miranda fué conocidísimo; pero no es menos cierto que Miranda, en aquel asunto, fué el invitado robado como en un bosque.

Ya en París, se lanzó al periodismo y comenzó á trabajar en el «Evenement», después en el «Fígaro», en el «Gaulois», en toda la prensa francesa. Fué periodista francés con personalidad propia, y su firma, *Angel de Miranda*, muy popular por los años del sesenta al sesenta y ocho.

El general Prim, que lo conocía y sabía lo útil que podía serle en el extranjero, le dió todos los elementos para que en París fuese intermediario entre el Gobierno español y la prensa francesa. Hizo en ella muchos servicios á la situación revolucionaria. La guerra franco-prusiana le fué funesta. Quiso ejercer de diplomático, llegó hasta Bismarck y tuvo con él la célebre entrevista que le valió ser encerrado de orden del canciller en una fortaleza. Cómo pudo escaparse, se ignora; pero ello es que logró evadirse y volvió á París metido en una caja de madera, como si fuera loza ordinaria, con el letrero de *Frágil*. Así se restituyó á Francia, donde escribió aquel folleto contra Bismarck y los alemanes, que los franceses le agradecieron muchos.

La Restauración no quiso prescindir de personaje tan travieso y tan influyente en París. D. Antonio Cánovas, con quien Miranda se tuteaba por ser amigo de larga fecha, le agregó á la embajada de España con el marqués de Molins, le confió misiones de importancia y el rey le dió el título de conde de Casa Miranda. ¿Cómo no habían de producir todos estos éxitos los odios, invenciones, asechanzas y maquinaciones de que Vallejo Miranda fué objeto? En París tenía un enemigo terrible, que era el conde de Sanafé, el cual se complacía en imprimir hojas anónimas, detallando sucesos de la vida de Miranda y poniéndole como un guiñapo. Los periodistillas españoles sin éxito en París, le colgaban todas las maldades posibles.

El, entre tanto, hacía vida de gran señor, vivía con fastuosidad, y cuando quiso tomar posición oficial sentó plaza de subsecretario de la Presidencia del Consejo. La reina Isabel decía de él «que era el mismo demonio». Viudo, con una hija inteligentísima, no parecía que pensara en volver á casarse, cuando de pronto se anunció su boda con Cristina Nilson, boda que se efectuó en París y de la cual fué padrino nuestro embajador Albareda. Desde entonces, y ya muerto su gran protector Cánovas, el conde de Casa Miranda vivió en su hotel de París, dedicándose á disfrutar de la vida, no sin trabajar en «La Epoca», de la que fué constante colaborador durante muchos años. Pasaba los inviernos en Niza ó en Cannes, los veranos en la frontera pirenáica y el invierno en París, donde deja muchos recuerdos y donde realmente tuvo siempre su centro de operaciones. En casinos y círculos franceses y españoles se recordarán en este momento muchas anécdotas de su vida, que ha sido de las más agitadas y de las más productivas.

Pater noster.

EUSEBIO BLASCO.

GONZALO CANTÓ

«Se encuentra entre nosotros desde hace algunos días el conocido autor de «Las Campanadas», «La leyenda del Monje», «El asistente del Coronel» y tantas otras obras que han dado de teatro en teatro, la vuelta á la península y han colocado el nombre de Cantó en primera fila entre los autores del teatro contemporáneo, á pesar de la continua colaboración que no es el medio más apropósito para que los ingenios den prueba de su valer y originalidad.

Gonzalo Cantó es un escritor culto, correcto é ingenioso. Sus obrillas del género chico, á pesar de lo desprestigiado de la clase, se ven ó se leen con verdadera fruición, no sabiendo qué apreciar más en ellas, si su argumento siempre entretenido y original ó la factura primorosa de sus escenas, en donde campea el diálogo chispeante y el chiste *de buena ley* ó la rima fluida y elegante.

Hay, sin embargo, un aspecto de este autor, quizá y sin quizá el más importante de su personalidad literaria, menos conocido que los demás. Nos referimos á sus condiciones de poeta lírico, que eclipsadas constantemente por sus ruidosos triunfos teatrales, no han podido lucir en todo su esplendor, como lo hubieran hecho sin esta circunstancia. Porque en los versos de Cantó hay ternura, inspiración y sentimiento, y sus composiciones hijas las más veces de inspiración momentánea y de su asombrosa facilidad de improvisación, encierran siempre algún delicado rasgo, revelador de un poeta de cuerpo entero.

Claro está que es imposible que estas facultades se destaquen dignamente sobre el fondo de un argumento del *género chico*. Una trama ligera y jocosa, salpicada de retruécanos y situaciones cómicas, nunca serán campo en donde pueda un poeta alardear de imaginación y sentimiento. Cantó ha debido de comprenderlo así y esta consideración ha sido el móvil que ha producido su última obra «El Cristo de la Vega».

En ella rompe el autor abiertamente con el género chico, como lo exige el magistral argumento en que estriba, desarrollado por el inmortal Zorrilla en la más popular de sus leyendas, «A buen juez mejor testigo».

«El Cristo de la Vega», próximo á estrenarse, tiene tres actos y está escrita en verso. A la amabilidad de su autor, cuyo carácter franco y simpático le ha granjeado en esta localidad innumerables simpatías, debemos el conocer varias escenas de la producción inédita, que por su factura recuerdan trozos de las obras clásicas de nuestro teatro del siglo de oro. El estudio de la época, es un admirable trabajo arqueológico, y la empresa encargada de ponerle en escena se halla dispuesta á no regatear detalle que contribuya á la propiedad escénica que requiere y merece tan hermosa obra. Y en estas condiciones, como el público, según Iriarte, aunque traga la paja,

también si le dan grano come grano,

la obra de Cantó será un éxito franco y merecido y el teatro español habrá dado un paso en el camino del buen gusto y de su verdadera misión.

Bien venido sea á esta tierra leonesa el inspirado autor, á quien saludamos deseándole en su brillante carrera nuevos triunfos y merecidos lauros.»

X.

(Del «Heraldo de León».)

— 338 —

—¡La humedá!... ¡La humedá que la ha podrío!—gritó la Salamanca.

—¿Qué humedad ni qué niño muerto, vieja embustera?... ¡Esto es pólvora!...

—¡Pa banderillas de fuego, que te claven en el morrillo! —gritó fuera de sí la Salamanca, huyendo hacia la puerta.

Un municipal la detuvo: señó Dondito miraba atónito la pólvora con un palmo de boca abierta: al cabo, murmuró sentenciosamente:

—Pues señó!... Cuando digo yo que si el diablo volviera á nacé, de seguro que nacía hembra!...

— 339 —

XIV

La Salamanca fué conducida á la cárcel, y rigurosamente incomunicada. La pólvora descubierta en su casa, indicaba claramente su complicidad en el complot que los republicanos fraguaban, y el Juez, que se veía forzado á luchar á la vez que con la astucia de los conspiradores, con la encubierta protección que algunas autoridades civiles prestaban á éstos, creyó encontrar en la Salamanca el cabito que le ayudase á desenredar del todo la madeja. Lopijillo, denunciado en efecto por Martín el mulato, había huído, y el extraño documento presentado por D. Juan Benítez probaba hasta la saciedad, las inteligencias que reinaban entre el patriota fugitivo y la vieja curandera. Seña Juanita Perdigón, por su parte, semejante al envidioso que permitió le dejaran tuerto, con tal de ver á su vecino ciego, se apresuró á declarar, con riesgo de perder la parroquia de San Miguel, que en el reparto le tocaba, que ella había visto el peligroso documento en manos de la Salamanca. Esta, al verse encerrada en la cárcel, sola y desamparada, comenzó á desalentarse: su ignorancia en los trámites judiciales le exageraba el peligro, y volvía los ojos á Lopijillo como á su única esperanza. Haciale esto mismo mantenerse firme en sus declaraciones, asegurando haber comprado á Lopi-



Con motivo de la Misa de Octava celebrada ayer en la parroquia de Santa María, se renovaron las muestras del general sentimiento que ha causado la prematura muerte de la apreciable señorita doña Julia Monllor Aura.

En el citado templo, que estaba cubierto de negros crespones, se reunieron infinidad de fieles, parientes y amigos de la finada, para elevar á Dios una plegaria por el eterno descanso de su alma y testimoniar á su desconsolada familia la parte que toman en su dolor.

Sobre el túmulo se colocaron seis coronas de flores naturales que había dispuesto la familia, y otra de flores artificiales, dedicada á la inolvidable Julieta por D. Carlos Gosálbez Barceló.

El duelo de señoras fué presidido por doña Anita y doña Consuelo Monllor, y el de caballeros por don Rafael, don Roque y don José Monllor, hermanos de la finada.

De nuevo reiteramos á la atribulada familia de los Sres. Monllor y Aura, nuestro más sentido pésame.

—Después de practicados los estudios de campo para la desviación ó rectificación de la carretera de Játiva á Alicante, en el trozo que cruza nuestra población desde el puente de Cristina á la calle de Santa Marta, ha regresado á Alicante el ingeniero del Estado, D. Próspero Lafarga, el cual se propone terminar en pocos días los trabajos de gabinete y proceder á las obras de construcción del nuevo trozo de carretera.

Este empalmará con la actual en el Puente de Cristina, para cuyo efecto será expropiada la casa llamada de Noguera.

—Ayer quedaron expuestas al público las tres hermosas fotografías, que el acreditado artista D. Carlos Laporta, hizo en la finca «El Clot» durante el banquete celebrado con motivo del matrimonio de nuestros estimados amigos D. Juan Barceló y doña Elia Soler.

El trabajo del Sr. Laporta, está muy bien acabado y honra los talleres de donde ha salido.

—Estos días ha estado nuevamente en nuestra ciudad D. Conrado Barello, hermano del penitente Casimiro Barello; y deseando obtener algunas fotografías de la iglesia de San Jorge, donde reposan los restos de su hermano y de la lápida que los cubre, ha encargado este trabajo á nuestro estimado amigo el acreditado fotógrafo D. Leopoldo Valor.

—El pasado domingo ingresaron en el Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 10.188 pesetas por 251 imposiciones, de las cuales son nuevas 18 y se satisficieron 5.028 pesetas 26 céntimos, á solicitud de 41 imponentes, 8 de ellos por saldo.

Después de la cura el pago

Es cosa cómoda para todos y asegura á los enfermos la tan anhelada salud. Para más detalles léase el anuncio «Confites antivenéreos, Roob antisifilítico, Inyeccion Vegetal COSTANZI».

—Nos complacemos en avisar á nuestros lectores que se ha puesto á la venta la «Agenda Culinaria», libro de gran utilidad y necesidad en todas las casas.

En la «Agenda Culinaria» encontrarán una gran variedad de minutas de almuerzo y comida, que permiten hacer éstos muy variados y económicos. En toda la obra predomina una gran observación, tanto de la cocina española como francesa, figurando en ella multitud de recetas que, llevadas á la práctica, son dignas de figurar en las mesas más elegantes, pudiendo satisfacer los gustos y aficiones más delicadas.

Además contiene la «Agenda Culinaria» un espacio en blanco, en forma de calendario y con el santoral de cada día, á fin de que puedan anotar el gasto diario de cocina.

Su precio es sumamente reducido, pues se vende encartonada en todas las librerías al precio de 2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

La tuberculosis por los cigarros

Es sabido, ó por mejor decir es ignorado, que en las fábricas de tabacos el personal dedicado á la confección de cigarros puros tiene la costumbre de humedecer la punta, con objeto de que se pegue la hoja.

Dicha costumbre la han desarraigado de las fábricas de la Habana los yanquis durante el tiempo de su dominación hasta la declaración de la República cubana.

La causa de esa medida ya pueden suponerla los lectores.

Entre los obreros los hay que son tuberculosos, y como el extremo que estos humedecían era precisamente el mismo que los fumadores se llevan á los labios, era indudable el contagio y el peligro de que á estos se propagase la tisis.

Desde que los norteamericanos adoptaron esa medida, el extremo de los cigarros se humedece con una esponja. Además, no hay ya el peligro de antes, pues por medio de reconocimiento facultativo, se han retirado los operarios tuberculosos de esas faenas, que sólo llevan á cabo aquellos que se encuentran en perfecto estado de salud.

Hé aquí una medida que creemos no estaría de más que se introdujera en nuestras fábricas de tabacos, retirando de los talleres de puros á todas aquellas personas que padezcan de tuberculosis, pues los análisis bacteriológicos han demostrado la presencia del bacilo tuberculoso de Koch en los cigarros fabricados por un tísico.



Santo de hoy.—San Cornelio y San Rogelio.

Santo de mañana.—La impresión de las llagas de San Francisco y San Lamberto obispo y mártir.



INFORMACIÓN ESPECIAL DE NUESTRO CORRESPONSAL SR. PUIG

En Landerneau

París.—Comunican de Landerneau que ayer, después de la expulsión de las Hermanas de la Escuela religiosa de aquella localidad, los gendarmes comprobaron que una de ellas había quedado en el local.

Esta mañana ha sido encontrada, víctima de un accidente, ocasionado por el miedo, y ha sido trasladada al hospital.

Se han sellado las puertas de la Escuela.

Ningún incidente.

El drama de Málaga

Madrid 15 (12 30)

Además de las víctimas ocasionadas en Málaga, por el guardia civil loco, han sido heridos una mujer llamada María Pérez y su hermano Juan Bautista Pérez.

Otro joven llamado Juan Moreno estuvo algunos minutos implorando clemencia al guardia loco, pero éste disparó sobre él sin compasión alguna, dejándolo cadáver.

La población

Hasta las altas horas de la madrugada de ayer, se vió inmenso gentío por las calles, deseando todos adquirir noticias del terrible suceso.

Los guardias de Seguridad á duras penas podían contener la gente que se agolpaba en las puertas de las Casas de Socorro.

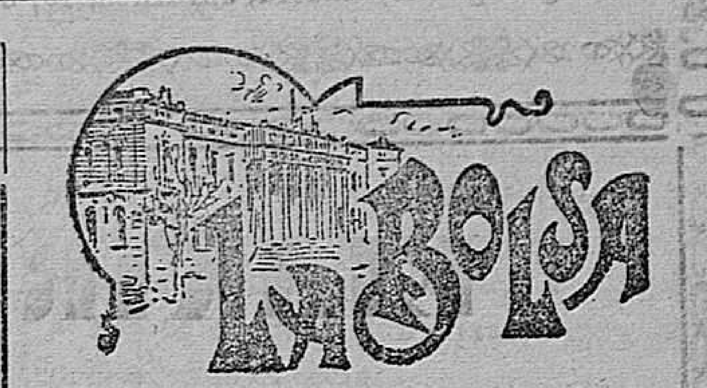
En éstas, el Cuerpo médico trabajó toda la noche, esforzándose por salvar á los heridos; pero, desgraciadamente, casi todos llegaban moribundos, desarrollándose tristísimas escenas allí donde lograron penetrar personas de las familias de las víctimas.

Socorros

Madrid 15 (16-25)

En el ministerio de la Gobernación recíbense peticiones de socorros de los Ayuntamientos de los pueblos damnificados á consecuencia de las últimas inundaciones.

Como en dicho ministerio no hay fondo de calamidades para atender la demanda de auxilios, se instruirá un expediente solicitando un crédito para remediar tantos males, que, en forma de proyecto de ley, será sometido á la aprobación de las Cortes.



SERVICIO DE NUESTRO CORRESPONSAL L. LOTY

Madrid 15 (16-45)

Interior contado.	73'20
Id. fin de mes.	73'25
Exterior contado.	92'95
Amortizable 4 por 100	00'00
Id. 5 por 100.	93'20
Aduanas.	000'00
Cubas, 1886.	000'00
Id. 1890.	00'00
Filipinas.	0'0'00
Banco de España.	468'00
Tabacos.	401'00
Francos	35'00
Libras.	00'00

Imp. del HERALDO DE ALCOY

ANUNCIOS

HERALDO DE ALCOY

DIARIO DE AVISOS, NOTICIAS E INTERESES GENERALES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Alcoy, un mes.	1 pta. 50 cts.
Fuera, trimestre.	5 »
Extranjero, trimestre.	10 » 50 »